

FERRO  
CARRILES

De Palma a Manacor.  
3 15 (mixto) - 8 10 m. y 2 45 t.  
De Palma a La Puebla.  
3 15 (mixto) 8 10 m. 2 45 y 4 10 (mixto), t.  
De Manacor a Palma y La Puebla.  
3 15 (mixto), 8 m. y 5 35 t.  
De La Puebla a Palma.  
4 (mixto), 8 35 m. y 5 30 t.  
De La Puebla a Manacor a las 4 (mixto)  
8 30 m. y 3 15 t.

## LA OPINION.

VAPORES  
CORREO

Entradas.—Dom. 8 m. Ibiza y Alcan-  
te.—Lunes 4 t. Mahon.—Martes 5 t. Bar-  
celona.—Mier. 2 25 t. Mahon por Alcudia.  
—Juev. 5 t. Valencia.—Sáb. 2 25 t. Barce-  
lona por Alcudia.

Entradas.—Lunes 7 m. Valencia.—  
—9 m. Mahon por Alcudia.—Mier. 3 15  
Ibiza y Alicante.—Jueves 9 m. Mahon  
—10 m. Barcelona por Alcudia.—Sábado  
6 m. Barcelona.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion,  
Y EN LA LIBRERIA DE B. ROTGER,  
Palacio, 4.

Redaccion y Administracion: San Pedro Nolasco, 7 principal.

Despacho, de 8 a 11 de la mañana.

## PRECIO DE SUSCRICION.

1 25 PESETA AL MES.

## EXTRANJERO.

La salud de Bismarck.—El Número uno.  
—Una tragedia.—Inglaterra en Africa.  
—Escándalo en Roma.

Segun una correspondencia de Berlín que publica la *Nouvelle Presse libre* el príncipe de Bismarck ha sufrido otra ligera indisposición, haciendo notar sobre este objeto el citado correspondiente que desde el banquete que dió el citado canciller en 17 de marzo a los representantes diplomáticos de las potencias extranjeras en ocasión del aniversario del nacimiento del emperador, M. de Bismarck se encontraba ya indispuerto, marchando siempre apoyado en un bastón, y hablaba en voz muy baja. Se quejaba de dolores instantáneos en las articulaciones de las mandíbulas, tan violentos que en medio de una conversación o de un discurso le cortaban repentinamente la palabra.

Este sufrimiento no tiene nada de común con la esquinancia que ahora le ha vuelto a aquejar, siendo muy fácil que se hayan confundido ambos males en las últimas noticias sobre la salud del citado canciller. No es menester perder de vista que de diez años a esta parte ó cuando menos de seis, el estado enfermizo de M. Bismarck ha sido un tema constante para los diarios y los ecos parlamentarios. Esta enfermedad no ha impedido a dicho canciller sobrevivir a veinte y cuatro ministros y le permitirá probablemente en el porvenir prestar buenos servicios a su país.

Sea lo que fuera este estado enfermizo del canciller no ha ejercido ninguna influencia sobre su actividad.

Las autoridades han justificado que el famoso personaje conocido por «Número uno» es un sugeto llamado Tynor el cual está complicado en el crimen de Phdenix-Park. Habia sido primeramente vendedor de periódicos, despues libreto en Kengston cerca de Dublin y mas tarde cuando estaba ya afiliado al partido feniano se hizo viajante de comercio.

La política anda desconcertada por la evasión extraordinaria del citado sugeto.

Parece que se ha abandonado el propósito de solicitar la extradición.

## FOLLETIN.

## LA CONDESA SARAH.

(Conclusion)

podría ser puro é inmaterial, pero ¿quién sabe si poco a poco llegaría a corromperse? Puedo querer no amaros más que de amistad, y no poder impedir amaros de amor...

Sarah hizo un movimiento brusco. Pedro continuó con fuerza:

—Me pierdo para siempre en vuestras bondades, lo sé; vais á encontrarme á la vez muy vanidoso y muy pedante. Soy ridículo con mi moral, lo conozco; pero lo que os digo es necesario que lo diga, para explicar mi conducta. Perdonadme, y creed que conservaré un recuerdo eterno del favor que me habeis hecho.

Las últimas palabras fueron pronunciadas por Pedro con una viva emoción. Sarah, pálida y helada, no respondió. Tuvo un movimiento de odio. Una rabia furiosa puso en tensión todos sus nervios. Su mirada se oscureció, y con los labios apretados pronunció estas palabras:

—¡Está bien! Alejaos. ¡Adios!

Pedro se levantó, mudo, inclinóse gravemente ante ella, y dando algunos pasos, completamente aturdido, vacilante, se dirigió hacia la puerta. Un sollozo le hizo volverse. Sobre el diván, hundida la cabeza en los cojines, estaba Sarah casi devanecida. Lo habia olvidado todo, y cediendo a su dolor, abrazada por la humillación, lloraba amargamente. Pedro

La erupcion del Etna, continúa inspirando serios temores á los habitantes de las cercanias.

En Catania se han experimentado nuevos terremotos, especialmente en Biancavilla en don le se agrietó el suelo.

Las oficinas telegráficas hubieron de ser trasladadas á una barraca, á causa de los desastres que sufrió el local en donde estaban establecidas.

Muchos propietarios han levantado tiendas de campaña para refugiarse en ellas sin correr el peligro de ser sepultados entre las ruinas de sus casas.

La autoridad hace apuntalar los edificios que ofrecen peligro.

Las cárceles fueron evacuadas y los presos conducidos á otros puntos porque los penales amenazan arruinarse.

Los habitantes de Belpasso y Nicolosi abandonan sus habitaciones.

El teatro de Amberes ha sido hace pocas noches idem de una verdadera tragedia.

Se representaba el «Faust» de Gounod, y sin estar anunciado, sorprendióse el público al ver representado el personaje Sibil por una partiquina en lugar de Madame Dejean que lo ejecutaba las demas noches; aumentóse su asombro cuando vió terminar el cuarto acto en el coro de soldados para seguir luego la representación en la escena de la Iglesia. ¿Qué ocurre? se preguntaron unos á otros los espectadores? Vamos á describirlo.

Habianse cometido algunos robos en los cuartos de los artistas hacia ya algun tiempo y madame Dejean era en el blanco de las sospechas; llamada á declaraciones por el tribunal creyó oír de boca del juez que no solo era acusada por robo, sino por su mala conducta; no pudo resistir la pobre mujer semejante imputación y al llegar á la fonda del Correo en donde se hospedaba, cogió una cuerda hizo en uno de sus extremos un nudo corredizo por donde pasó rodillas y codos; por otro nudo corredizo hecho más arriba pasó la cabeza, sujetando el otro extremo fuertemente en una de las columnas que sostenian el cielo de la cama, lanzóse al espacio y en esta situacion fué hallada pocos momentos antes de la función por uno de los dependientes de la casa. Cuantos auxilios se le prestaron, fueron inútiles, la infeliz habia sucumbido; antes de to-

mar tan fatal resolucion habia escrito unas lineas casi ni inteligibles manifestando su inocencia al pie de una imagen del crucificado que le servia en sus oraciones. Hacia tres años que habia contraido matrimonio y su conducta era irreprochable; ni su voz, ni su cara eran gran cosa; pero su escuela de canto y lo elegante figura hacian de la malograda madame Dejeau una artista muy apreciable.

En la misma fonda que la madame, vivia el baritono Mr. Roreb encargado de la parte de Valentin; cuando el dependiente de la fonda al penetrar en el cuarto de la suicida corrió inmediatamente en busca de Mr. Horeb, él fué el primero que asistió á su compañera cortando inmediatamente la cuerda que la sujetaba. Aquel buen hombre llegó al teatro afectado y apenas terminado el segundo acto, sufrió un fuerte ataque de nervios que hace temer por su vida.

Inglaterra no ha dado cima aun con el Transvaal. El conflicto entre los Roers y los indígenas de la frontera se va agravando de dia en dia. Segun los últimos telegramas del Cabo el citado conflicto tiende á transformarse en una guerra general de razas. Tres jefes de tribus limítrofes del Transvaal habian concluido una especie de alianza defensiva contra la invasion de los Boers que han respondido á esta coalicion ocupando el Tembuland en donde va á tener lugar una sublevacion general de negros del Africa austral contra las colonias de blancos establecida en aquella region. Se asegura que las autoridades británicas del Cabo están obligadas á intervenir enérgicamente contra el Transvaal para apaciguar á los negros. Segun las últimas declaraciones de lord Derby y de lord Granville el gobierno de Londres está poco dispuesto á asociarse en la intervencion de la colonia británica contra el Transvaal, pareciendo difícil que el ejército colonial pueda hacer frente á los Boers sin el auxilio de la madre patria.

Hace algunos dias, durante el servicio de la tarde, en la catedral de San Pablo en el momento que se cantaba el himno, un hombre de talla elevada, decentemente vestido, y con el sombrero en la mano se dirigió desde la nave hacia el coro, pa-

dedor de Pedro, estaba tranquilo, reposado, y formaba un horrible contraste con la agitacion furiosa de su espíritu y la rebel dia desesperada de su corazón.

Sarah se habia levantado, y yendo hacia el jóven, puso su mano sobre su hombro. Este ademán de familiar posesion resumió tan elocuentemente para Severac la situacion en que se encontraba frente á frente de ella, que dió un paso atrás para arrancarse á esta mano, que parecia el yugo bajo el cual no tenia más que doblar la cabeza...

—¡Pedro!—murmuró Sarah con gesto suplicante...

—¡Dijadme!—dijo él sordamente—soy un miserable y me causo horror á mi mismo...

La jóven se sentó cerca de él sin decir palabra; pero, cogiendo casi á la fuerza la mano de Severac, la conservó en la suya. Así continuó á los pies del jóven, como si le suplicase. El, amenszador, feroz, como una fiera cogida en el lazo, apartaba sus miradas, detenía las palabras sobre sus labios, tembando, si pronunciaba alguna, insultar á su cómplice, arrojando furiosamente sobre ella toda la responsabilidad de la falta cometida.

Un coche que rodaba sobre la arena del patio les arrancó á su postracion. Era el conde, que volvía. Ambos se miraron, y heridos por el mismo pensamiento de que iba á ser preci ó encontrarse juntos enfrente del hombre á quien acababan de ultrajar, palidecieron. Sarah leyó tanta angustia en los ojos de Severac, que encorrió energía y serenidad. Hizo al jóven un

só por debajo de la barrera que separa este último de los puestos del público y subiendo rápidamente hacia el altar, echó al suelo el crucifijo, que estaba levantado derrumbando despues con sus manos los candeleros y las guirlandas de flores con que se habia decorado el altar con ocasion de las fiestas de Pascua.

Varios canónigos de la iglesia se apoderaron del citado sugeto, que conducido delante del inspector de policia, declaró que habia sufrido toda su vida en su fortuna y sus afecciones de la oposicion que siempre habia hecho á la práctica idólatra de los rituales. Reducido á la última miseria y sintiéndose llamado por Dios para combatir el ritualismo, habia querido procurarse á un mismo tiempo un abrigo en la prision y dar un gran golpe á la idolatria en la catedral de la metrópoli.

El individuo en cuestion, que se llama George Campos y es habitante de Cannonbury, ha comparecido ante el juez, quien le ha condeado á cinco libras esterlinas de multa, ó, en su lugar á un mes de prision.

## REVISTA EUROPEA.

Suspendidas las sesiones de las Cámaras, el manifiesto de la «Liga» revisionista es hoy el principal, si no el único objeto de las discusiones de la prensa de París.

«De la fórmula pomposa revisionista—dice la «Faix»—puede deducirse, lo mismo el mantenimiento que la supresion del Senado, el sostenimiento ó la supresion de la presidencia de la república, el mantenimiento ó la supresion de la responsabilidad ministerial, etc., etc., es como una cajita de magia; se saca de ella lo que se quiera, desde una gallina viva y sina hasta un sombrero de señora, á la última moda, todo en perfecto estado.»

El «XIX siècle» no comprende que se hable de restituir al sufragio universal su entera libertad, de que goza y hace uso como le place.

La «Republique française» encuentra la frase destituida de fundamento, pero cree comprender su origen y da la siguiente explicacion: «Esta fórmula un poco vaga no nos es desconocida. Nos servíamos de ella en otras ocasiones, bajo el imperio, cuando queríamos decir que reclamábamos la república.»

Pero la república está hoy establecida y va afirmándose y desenvolviéndose, y

gesto tranquilizador, y pasando delante de él, esbelta y ligera, levantó una tapiceria y le señaló una puerta que daba á un pasillo del servicio. En la sombra del corredor estuvieron un instante, inmóviles, escuchando latir sus corazones, llenos de una emocion horrible. Un criado que entrara súbitamente, y estaban perdidos. El ruido ahogado de los pasos del conde, subiendo la escalera grande, llegó hasta ellos. Oyeron que decía con voz sonora: la señora, ¿está en casa? Y que el criado de la antecámara respondía: la señora está en el salon turco con Mr. Severac.

—¡Está bien! Llevad estos papeles á mi gabinete... No, iré yo mismo.

Una puerta se abrió y se cerró. Sarah murmuró al oido de Severac.

—¡Partid! Tomad por la escalera pequeña... y, yo la bajo, salid por el vestíbulo.

Se miraron por última vez. Sarah, los ojos suplicantes, una melancólica sonrisa sobre su boca encantadora, aproximó su cara á la de Pedro, como quien quiere un beso. El se volvió, y haciendo un ademán de desesperacion:

—Adios,—dijo. Y partió.

Sarah ahogó un suspiro, y volviendo al salon turco, fué á sentarse en el sitio aún caliente del crimen, buscando en el aire el vago perfume dejado por Pedro, la fente abrasada, el corazón hinchado, y repitiendo en voz baja con delicia esta confesion que hubiese querido pregonar ante el mundo entero:

—¡Yo le amo! El será mi dueño y mi Dios!

Jorge Ohnet,





